



Prólogo

La pregunta es inevitable: ¿por qué se construyeron las pirámides egipcias? El interés por saberlo se nutre en la dimensión, la antigüedad, el misterio y la maravilla del mundo que representan estos edificios. Las respuestas ofrecidas no han sido plenamente satisfactorias. Lejos entonces de decaer, el interés por el asunto no sólo se ha mantenido sino crecido todavía más. Aunque el presente libro, segundo volumen de la colección **Letras de Ciencia**, plantea la explicación que el profesor Kurt Mendelssohn dio al enigma de las pirámides, es mucho más que otra solución a tal pregunta.

Dado que en nuestro medio suele considerarse ciencias sólo a las naturales, parecerá extraño incluir el tema de la egiptología en una colección de divulgación científica. Más aún, por la tendencia a suponer que la difusión del conocimiento de un campo científico toca sólo a sus especialistas, también extrañará descubrir que el autor es un físico. Es entonces necesario hacer algunas aclaraciones.

El ser humano se caracteriza por su deseo de saber. Este anhelo es manifestación de una necesidad instintiva. La supervivencia de nuestra especie ha dependido fundamental y necesariamente del conocimiento que hemos obtenido acerca del mundo que nos rodea. El ser humano es curioso: le atrae lo que desconoce. Esta inquietud ha sido satisfecha, en diversos grados y formas, por distintas doctrinas durante la historia humana. Pero la fuente de conocimiento más moderna y eficaz ha sido la ciencia. Este saber se distingue de otros por el modo en que se elabora. Y baste recordar aquí, como botón de muestra, que la ciencia es un conocimiento sujeto siempre a prueba.

La mayor parte del conocimiento científico, más el reciente, sigue confinado a los ámbitos de los especialistas. El esfuerzo realizado en los últimos años para divulgar la ciencia ha sido insuficiente e incompleto. Y cabe mencionar aquí, ahora como muestra de debilidad, que la gran mayoría de los libros de divulgación de la ciencia que se han publicado en nuestro país están dedicados a la difusión de la información científica. Es cierto que la ciencia aporta cada día conocimiento nuevo e importante que hay que poner a disposición de las personas, pero, particularmente en términos culturales, el quehacer científico es mucho más que eso.

El característico proceder constructivo de la ciencia tiene un gran valor cultural. Por esta razón, de la divulgación de la ciencia esperamos, entre otras cosas, aprovechar la experiencia práctica ganada con los éxitos de la investigación científica. Así disponemos de nuevos y mejores instrumentos para resolver problemas, no sólo los reconocidamente importantes, sino también los que se presentan en la vida cotidiana. Saber cómo disminuir el riesgo de contagio de una enfermedad puede ser más importante que comprender la posibilidad de hacer copias de seres humanos.

Aunque el autor es un físico experto en los fenómenos propios de las bajas temperaturas, el capítulo de su vida que nos comparte en este libro no se refiere a esa actividad profesional, pero sí a su oficio de investigador científico. Como consecuencia de su formación y su tenaz y apasionada curiosidad transformó una pregunta común, el enigma de las pirámides, en un problema de investigación personal, de búsqueda de soluciones en un campo diferente al de su profesión.

“Este libro es acerca de un descubrimiento científico”, afirma el profesor Mendelssohn al comienzo de su relato. Tras dar vuelta a la última página de esta obra, el lector quedará convencido de que la afirmación es correcta. No sólo son descubrimientos científicos los aprobados por una academia particular de ciencias. Estos logros también se encuentran en otros sitios y se caracterizan por la forma y calidad de su elaboración: cómo se alcanzaron conclusiones convincentes a partir de hipótesis razonables, siguiendo con riguroso cuidado, y sin concesiones, un camino experimentado. Lo que importa no es la pirámide, sino construirla.

El enigma de las pirámides es un libro de divulgación de la ciencia que nos muestra cómo actúa un investigador cuando se plantea un problema y procede a darle respuesta. Exhibe también otras cualidades del quehacer científico: el someter a prueba las conclusiones de una investigación, el especular acerca de las cualidades y extensiones del nuevo conocimiento, el sugerir su aprovechamiento práctico. Más aún, el ambiente que el autor crea para relatar su descubrimiento es ejemplo de que la divulgación de la ciencia puede también llegar a ser literatura.

Por último. La lectura de este libro nos dejará entrever que, especialmente para los europeos, la información acerca del mundo prehispánico es muy escasa y deficiente. Quizá por ello el profesor Mendelssohn dedicó muy poco espacio y profundidad al caso de las pirámides mexicanas y, aunque para los propósitos de la colección esto no reviste importancia, se juzgó conveniente añadir algunas notas a pie de página para precisar y aumentar la información dada en la edición original.

Luis Estrada